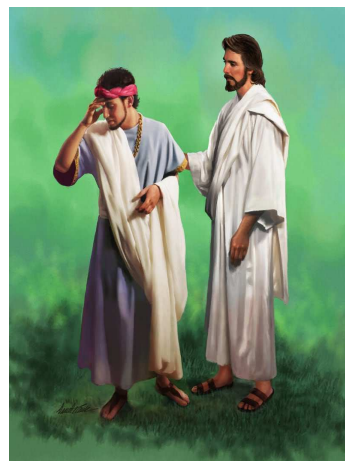


VENDE LO QUE TIENES Y SÍGUEME 2015, 28º Domingo Ordinario (B)



El evangelio de hoy no es el relato de una simple anécdota. Es un resumen impactante del mensaje íntegro de Jesús. Vamos a procurar ahondar en él.

Cuenta Marcos que una persona se acercó a Jesús y le preguntó qué es lo que tenía que hacer para heredar la vida eterna. Jesús le replicó de inmediato que cumpliera los mandamientos. Pero aquella persona tenía riqueza de sinceridad y de madurez y añadió que lo venía cumpliendo desde toda su vida. Jesús, entonces, le pidió dos cosas: déjalo todo y sígueme. Dice Marcos que aquel hombre se marchó pesaroso porque era muy rico. Jesús sabía que su respuesta era trascendental y que iba a afectarnos a todos. En él propone una norma tan exigente e inapelable, que llega a sorprender fuertemente a los mismos discípulos. Y ello provoca que Jesús vuelva a expresarse todavía con mayor firmeza y rotundidad. “¡Qué difícil les va a ser a los ricos entrar en el reino de Dios!”. Marcos consigna un detalle que resulta clave para poder entender la escena. Dice el evangelio que cuando el hombre responde que ya cumple desde pequeño los mandamientos, Jesús “se le quedó mirando con cariño”. Este amor de Dios manifestado en la mirada de Jesús afecta a la humanidad entera y está en la base de las exigencias arduas que propone a su interlocutor. Si no fuera por ese amor, podría ser acaso normal que el hombre viviera a su aire y capricho, amontonando riquezas a riquezas. Pero si Dios le ama de esa manera, las cosas son muy distintas.

UNA EXIGENCIA RADICAL

Jesús propone unas exigencias supremas al hombre que le pregunta. Seguirle es algo que tiene valor absoluto. Cuando el hombre se marchó, el mismo Jesús paseó su mirada alrededor, como reclamando la atención general, y afirmó la gran dificultad de que los ricos se puedan salvar, de forma que los propios discípulos quedaron espantados. Jesús, en lugar de echarse atrás, insistió mediante una sentencia durísima: “Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el Reino de Dios”. Algunos intérpretes, queriendo mitigar, han afirmado que Jesús se refería a los ojos o pequeños portillos que permanecían abiertos en las murallas cuando las puertas grandes se cerraban y por donde entraban con bastante dificultad personas y camellos. Pero esta interpretación carece de fundamento verosímil. Sencillamente, Jesús se refiere al agujero pequeñísimo de una aguja de coser. Es decir, habla decididamente de una imposibilidad absoluta. De forma que si la felicidad del hombre es Dios, ni él podía decir o establecer lo contrario. La felicidad absoluta es Dios y sin él no existe la dicha. Dios nos ve con amor y de él depende la gracia. Su amor es nuestra mayor seguridad. Y ciertamente, más vale que nuestra salvación dependa de Dios que de nosotros. Dios ama en serio y sus dones son indefectibles.

¿POR QUÉ DIOS NO ATRAE HOY?

Jesús no podría dispensarnos del amor de Dios “porque Dios nos amó primero”. Y no deja de amarnos, ni podría dispensarnos de su amor, porque Dios quiere lo mejor para nosotros, y lo mejor es él en persona. ¿Pero por qué los hombres no amamos a Dios con mayor entusiasmo? Históricamente se dan unas circunstancias que no hacen creíble, o hacen poco creíble, el evangelio que acabamos de escuchar. El mundo material se nos ha hecho fascinante y, en cambio, la visión de la fe propuesta por los evangelizadores de estos últimos tiempos es muy pobre. Hemos preferido obligar y amenazar más que fascinar. ¿Tiene mucho atractivo, incluso humano, lo que hoy decimos en la predicación? Nuestros padres y abuelos fueron catequizados, pero no evangelizados. Y la mayor parte de la generación actual no está siendo ni

catequizada ni evangelizada. Son pocos los seculares que están hoy actualizando su fe. Los catecismos suelen decirnos lo que debemos creer y practicar. Pero no ofrecen una visión fascinante, tanto bíblica como teológica. Y no se puede amar lo que no se conoce. La oferta formativa de hoy es valiosísima, pero solo está al alcance de minorías muy pequeñas. Además, lo que en verdad evangeliza no son tanto las ideas como la vida. Tenemos pobreza doctrinal, pero tenemos también pobreza práctica. De este modo, cambiar a los hombres es verdaderamente difícil.

LA RIQUEZA, DESPRECIO DE DIOS Y DEL HOMBRE

Dios no condena las riquezas, las da él como expresión de su bendición. Condena la metalización del corazón humano. Reprueba la reducción de la vida y del corazón al mundo del interés. Y lo rechaza absolutamente por la radical incompatibilidad de poder amar a la vez a Dios y al dinero, el bien y el mal, amar a los otros y amarse solo a sí mismo. Todo lo que Dios tiene y es, es él mismo. Cuando Dios ama, se da él en persona. Dios es toda la riqueza del hombre. Dios no podría hacer feliz a nadie con algo distinto de él, sin ser él mismo el donante y el don. Lo expresa san Juan: "No se puede amar a Dios y al mundo" (1 Jn 2,15s). El "¡Ay de vosotros los ricos, pues tenéis vuestra consolación!", suena a condenación. No porque Dios condene. Separándose de Dios, es el hombre quien se condena a sí mismo. Según Jesús, para adquirir la perla preciosa, el tesoro único, hay que estar dispuestos a venderlo todo (Mt 13,45s.). No se puede servir a dos señores (Mt 6,24). El dinero es un amo implacable que absorbe la vida y ahoga la palabra del evangelio (Mt 13,22) y hace olvidar lo esencial, la soberanía de Dios (Lc 12,15-21). "Quien quiera de vosotros que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser mi discípulo" (Lc, 14-33). Solo los pobres tienen un corazón disponible y son capaces de acoger la buena nueva (Lc 4,18). El Señor se hizo pobre por nosotros para enriquecernos a nosotros con su amor desinteresado y generoso (2 Cor 8,9).

La razón de fondo es que el hombre está hecho para la felicidad. Y solo Dios es felicidad infinita. Dios es Padre, Hijo y Espíritu, infinitamente comunicados entre sí. Es Ser, Conocer y Amar dados y tenidos en comunión. En Dios todo es Infinito y todo es infinitamente dado y comunicado. Es Ser total, Verdad total, Hermosura total, Bondad total. Es Fuente única. Las cosas y personas no tendrían atractivo si Dios no les hubiese prestado un poco de él. El problema del hombre es que no se deja iniciar al amor de Dios, que no vive procesos de ser más, de conocer más, de amar más, participando de Dios. Que vive en los exteriores de Dios, pero no en Dios.

No solo la palabra de Dios; también hombres de todos los tiempos han dado testimonio de que este mundo es incapaz de dar la dicha decisiva y verdadera. La raíz de la desdicha es que el tener lleva a desear siempre más. El hombre más feliz es aquel que no ambiciona ni desea. Las riquezas suelen engendrar ansias continuas. La riqueza, cuando deriva en la avaricia, empobrece el alma de quien la posee. El rico tiene siempre sed. La riqueza y la miseria tienen en común la esclavización del hombre. El exceso de riqueza hace sufrir y es más difícil de llevar que la pobreza. No son los bienes los que hacen feliz al hombre, sino el buen uso de ellos. Se es siempre rico cuando se está contento con poco. Una gran riqueza puede ser una esclavitud dolorosa. Nada es tan fastidioso y nauseabundo como la abundancia. Hay personas que de su fortuna solo tienen el miedo de perderla.

Que nuestra riqueza sea el Señor.

Francisco Martínez

www.centroberit.com

E-mail: berit@centroberit.com